

RICHARD GOTT

Perú, Japón y los movimientos guerrilleros de América Latina

La irrupción en la escena internacional del movimiento guerrillero peruano Tupac Amaru habla, como el caso del movimiento zapatista en México, de la reedición de un nuevo tipo de guerrillas con una iconografía semejante a las del pasado, pero cuya ideología es distinta. Su meta ya no es tomar el poder, sino sembrar dudas sobre la viabilidad de la actual ideología neoconservadora e indicar a sus gobiernos un nuevo camino. La toma de la embajada japonesa en Lima ha puesto de relieve el actual "padrinazgo" que ejerce Japón sobre el país andino. En la situación de pobreza y exclusión social crecientes en la que se encuentra el continente latinoamericano las guerrillas pueden seguir resultando atractivas para un número significativo de personas que ven en ellas no una alternativa, sino el anuncio de tiempos mejores que están por llegar.

Los últimos días de 1996 se vieron sazonados en la esfera internacional por la espectacular aparición en escena de un movimiento guerrillero casi desconocido. La toma de la embajada japonesa en Lima por parte del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru, aunque sin duda perturbadora para quienes han sido retenidos como rehenes, debió parecerles más cosa de cine que de política a los telespectadores de todo el mundo.

Hace ahora casi un cuarto de siglo del estreno de *El discreto encanto de la burguesía*, la gran película de Luis Buñuel. En esa película capital, los disolutos amigos franceses de un diplomático latinoamericano, interpretado de manera inmortal por Fernando Rey, ven incesantemente invadidas sus banales cenas de compromiso por reservistas de la milicia y guerrillas armas en ristre. El mismo Buñuel, un exiliado de su España natal que vivió y trabajó en México, tenía una visión muy aguda de las contradicciones y absurdos de la vida latinoamericana. Le

Richard Gott, antiguo corresponsal y periodista de *The Guardian*, está especializado, entre otros temas, en asuntos de América Latina y es autor de *Guerrilla Movements in Latin America* (1970).

Traducción: Pablo Carbajosa.

habrían deleitado, sin duda, unos sucesos como los de Perú que, en este mundo culturalmente postmoderno, le deben claramente mucho a sus intuiciones cinematográficas.

El movimiento guerrillero que se adueñó de la embajada japonesa recibe su nombre de Tupac Amaru, uno de los grandes rebeldes alzados contra los españoles a finales del siglo XVIII, pero las guerrillas se componen en sí mismas de activistas políticos con un fuerte sentido de lo surreal que es más propio del siglo XX. Al igual que el movimiento zapatista, que hizo su sonada aparición en México hace pocos años, con parecido instinto de irreverencia, posee un acusado sentido del humor y es bien consciente de la importancia de la publicidad. La capacidad de manipular a los medios de comunicación, con todos los adelantos de la moderna tecnología, es una de sus características más relevantes. En Perú, las guerrillas se comunican por medio de teléfonos móviles. En México, se dirigen al mundo exterior a través de Internet.

Reedición postmoderna del pasado

En cierto modo, las acciones del grupo peruano Tupac Amaru constituyen una simple reedición postmoderna del pasado. Tal y como sucede con la actual moda de hacer referencias eruditas a viejas películas, los rebeldes de hoy refuerzan sus credenciales revolucionarias gracias a su inclinación a remitirse a las victorias de quienes les precedieron. Tupac Amaru desató en 1780 una rebelión que, procedente del campo, llegó a todas y cada una de las ciudades hispanas de los Andes. En 1960, las guerrillas respaldadas por Cuba, que invocaban la imagen de Fidel Castro y el Ché Guevara, trataron de hacer otro tanto, no solamente en Perú, sino en todo el continente.

Entre quienes llevan observando largo tiempo el continente latinoamericano prevalece la sensación de algo ya visto anteriormente, ya sea la toma de rehenes, el secuestro de diplomáticos extranjeros, las peticiones de rescate, o la lectura de oscuros manifiestos. De Uruguay a El Salvador, y de Argentina a Nicaragua, estas espectaculares acciones fueron corrientes en los años 70. Y a ellas les siguió un movimiento de reacción: las embajadas extranjeras reforzaron su seguridad, la CIA envió a sus equipos de torturadores y de contrainsurgencia, y se instalaron regímenes militares destinados a eliminar a una generación de jóvenes revolucionarios de todo el continente. Pero tradiciones tan asentadas no desaparecen con facilidad.

La larga y honrosa historia de actividades guerrilleras en América Latina ha menguado y crecido a lo largo de siglos y décadas. No habría sido posible lograr la independencia de España a principios del siglo XIX sin los innumerables ejércitos guerrilleros que ayudaron a consolidar un nuevo orden en el mundo. De modo que los rebeldes peruanos que han reaparecido en Lima dotados de un sentido tan teatral del espectáculo pueden reivindicar multitud de antecedentes.

Por supuesto, los revolucionarios de hoy van con más frecuencia al cine que a las bibliotecas. A menudo da la impresión de que debemos tanto a las teorías culturales en vigor como a una consideración en detalle de los ejemplos históricos. En el Perú de los años 90, lo mismo que en México, hemos sido testigos de la

aparición de movimientos guerrilleros postmodernos que difieren bastante de los surgidos anteriormente. Puede que la iconografía parezca la misma -los pasamontañas, las armas esgrimidas o las banderas rojas- pero la ideología ha cambiado.

La meta de estos grupos armados no consiste en tomar el poder y llevar a cabo una revolución social por medio de la lucha armada, después de derrotar a los ejércitos regulares gracias a la guerra de guerrillas. Ese, tal como se reconoce, sería un objetivo sin posibilidades reales. Su finalidad, que es más sencilla, estriba, por medio de la imitación, la parodia y el pastiche, en sembrar dudas sobre la viabilidad de la actual ideología neoconservadora que extiende su asfixiante manto sobre el continente entero. Mediante la manipulación de la “propaganda por el hecho”, esperan desestabilizar a los gobiernos de sus respectivos países y, a partir del caos consiguiente, señalarles un nuevo sendero.

Nadie que esté familiarizado con las condiciones de América Latina puede dudar de la vigencia del derecho a rebelarse.¹ Sin embargo, la actual estrategia de resistencia no parece que vaya a tener muchos resultados. Con excesiva frecuencia, parecen haber echado raíces el pesimismo y la desesperación. La nueva generación de guerrillas utiliza las mismas palabras y la misma retórica que sus precursoras, pero los viejos lemas han perdido en gran medida su anterior significado. Invoca todavía el ejemplo cubano, aunque hace ya muchos años que el régimen de Fidel Castro dejó de echar una mano. Sostienen que luchan contra el imperialismo, aunque en ausencia de una Unión Soviética que pudo en otro tiempo suponer un contrapeso a la superpotencia regional, no hay muchas oportunidades de que los movimientos locales de resistencia puedan sobrevivir.

Desde luego, estos movimientos tampoco son guerrillas de la vieja escuela. El significado de guerrilla como “guerra en pequeño” no entraña, empero, que los rebeldes de hoy puedan tener capacidad real de librar un conflicto de reducidas dimensiones. Las técnicas de contrainsurgencia están infinitamente más desarrolladas de lo que estaban hace 30 años; buena parte del medio rural de América Latina ha quedado despoblado; y los pequeños grupos armados enfrentados a sus gobiernos sólo pueden sobrevivir en calidad de molestias locales en zonas remotas. Si bien los inmensos poblados de chabolas pueden suministrar una leva incesante de voluntarios a los grupos rebeldes, no existe una cultura común al estilo de la que proporciona el Islam a los revolucionarios de Oriente Medio. Hasta Sendero Luminoso, que es el equivalente más cercano de un movimiento político-religioso fundamentalista, se ha deshecho en pedazos en Perú.

No existen tampoco grandes oportunidades de entablar la clásica guerra revolucionaria, en la que la “guerra en pequeño” de la guerrilla desencadena una conflagración de mayores dimensiones. En México, la insurgencia de guerrillas muy localizadas en las zonas rurales de Chiapas, en la frontera meridional mexicana con Guatemala, no ha conseguido prender en forma de actividad guerrillera en otros lugares.

Los zapatistas han utilizado como figura y emblema a Emiliano Zapata, dirigente campesino de principios de siglo, de manera muy parecida a como los

*Nadie que
esté
familiarizado
con las
condiciones
de América
Latina puede
dudar de la
vigencia del
derecho a
rebelarse.*

¹ El autor hace aquí referencia a una conocida -o, tal vez, olvidada- formulación de Mao Tsé Tung, según la cual “hay razones para rebelarse” (N. del T.).

*Cuando el
viejo y
tambaleante
sistema
político
mexicano se
venga
finalmente
abajo, será la
derecha, y no
la izquierda,
la que se
beneficie.*

peruanos han escogido la imagen de Tupac Amaru. Pero estas invocaciones a modo de talismán no han tenido grandes repercusiones. Nada hay que sugiera que los limitados éxitos tácticos pueden conducir a algo estratégicamente relevante. La izquierda mexicana más significada en su compromiso no ha sido capaz de utilizar el desafío planteado por la guerrilla para unir a sus fuerzas políticas en contra del Gobierno. Cuando el viejo y tambaleante sistema político mexicano se venga finalmente abajo, será la derecha, y no la izquierda, la que se beneficie.

Pero la lucha continúa inexorablemente. El espíritu de resistencia se halla entretejido en la trama y urdimbre de la política del continente desde la Conquista. En Perú, sobre todo, como sucede en México, existe una larga tradición de rebelión y guerra de guerrillas. Una parte considerable de la población indígena nunca aceptó la imposición del dominio colonial español, y los ecos de sus distintas revueltas llegan hasta nuestros días.

Los estudiantes, especialmente, se han sentido atraídos con frecuencia por las certezas y dogmatismos ligados a las formas de actuación radical. Años atrás, en la década de los 60, un amigo peruano me confesó que le había resultado difícil decidirse entre unirse a las guerrillas o trabajar para el Banco Mundial. Terminó por escoger la alternativa más conservadora. Pero muchas personas, por implicadas que estén en puestos de responsabilidad, todavía tienen sentimientos ambiguos sobre la acción revolucionaria. Puede que su cabeza les diga que se trata de una locura, de algo sin importancia, de una provocación, pero en su corazón se alegran de que haya gente dispuesta a rebelarse. Durante la toma de la embajada en Lima, muchas de estas personas estaban en las calles de la ciudad, en concentraciones de gente con velas encendidas, que rezaban no por la victoria, sino por la paz.

Caudal regular de insurgentes

De todos los países de América Latina, Perú ha demostrado ser el más difícil de gobernar. Con una riqueza sin tasa, inmensas tierras fértiles, minerales en los Andes, petróleo en la selva amazónica, y pesca en el Océano Pacífico, también es de una pobreza desmedida. Grandes sectores de la población siguen sumidos en zonas olvidadas sin conexión con el resto del país debido a las montañas o la jungla, o en las hormigueantes poblados de chabolas que doblan su tamaño con cada década que pasa. De ellos llega un caudal regular de voluntarios para cualquier empeño que quiera hacer uso de sus talentos, ya se trate de las fuerzas armadas, la guerrilla, o el tráfico de armas. Un empleo de verdad resulta bastante más difícil de conseguir. El actual dirigente del grupo Tupac Amaru, Néstor Cerpa Cartolini, es un antiguo sindicalista privado de su puesto de trabajo al cerrar la fábrica textil en la que trabajaba como resultado de la apertura del país al mercado mundial.

Hace 30 años, tanto en Perú como en el resto de América Latina, los días de los viejos gobiernos oligárquicos que habían controlado el país y el continente desde el siglo XIX parecían contados. La revolución cubana, iniciada en 1959 por Fidel Castro, ofrecía la perspectiva de un nuevo futuro, con un plan social y económico que realizar. Y por toda América Latina, un número indeterminado de perso-

nas y de grupos se mostraba dispuesto a aceptar el desafío. Las guerrillas se echaron al monte tratando de seguir el ejemplo cubano. Hasta Estados Unidos abogaba por reformas profundas. Y, sin embargo, todo acabó en desastre.

Perú llevó a cabo una serie de experimentos revolucionarios. Probó primero con la guerra de guerrillas, en 1965, que constituyó, pese al apoyo cubano, un inmediato y funesto fracaso. En 1968, unos años más tarde, se produjo una sublevación militar. Un régimen de militares y coroneles, encabezados por el general Juan Velasco Alvarado, trató de poner en práctica algunas de las reformas defendidas por las guerrillas izquierdistas. Con ello se contribuyó a transformar el país, pero la labor se hizo de forma tan poco creativa y tan autoritaria que no consiguió inflamar la imaginación del conjunto de la población y significó otro nuevo fracaso.

Le llegó luego el turno a un partido con solera, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Fundado en los años 30, con ramificaciones en todo el continente, el APRA debía haber sido la respuesta a las plegarias de todo demócrata. Pero también el Gobierno de Alán García supuso un completo derrumbe, y se hundió finalmente en una maraña de incompetencia y corrupción.

En estas circunstancias, y en medio de una espiral de desastres, no resulta sorprendente que surgieran nuevos movimientos revolucionarios. Uno de ellos fue Tupac Amaru, que había aprendido de las lecciones de los años 60 y esperaba esta vez tener más fortuna. Consiguió uno o dos éxitos espectaculares a lo largo de los años 80, pero ya en los 90 la mayoría de sus dirigentes y su clase de tropa estaba en prisión. El motivo principal de la toma de la embajada del Japón en Lima consiste en garantizar su liberación. Las prisiones de América Latina son probablemente las peores del mundo -hasta el Papa se ha visto obligado a quejarse de las de Caracas durante su visita del pasado año a Venezuela- y las de Perú son tan malas como las de cualquier otro lado.

Otro de los grupos surgidos durante los años 80 -más célebre que Tupac Amaru- fue Sendero Luminoso. Con la pretensión de ser el único heredero auténtico de una importante figura revolucionaria de los años 20, José Carlos Mariátegui, e influido por el austero ejemplo de los comunistas chinos de Mao Tsé Tung, Sendero Luminoso se embarcó en una guerra de guerrillas de una crueldad sin precedentes.

Ya no se trataba de surrealistas chistosos que hubieran escogido a Buñuel como especialidad de sus estudios de cine. Eran revolucionarios fundamentalistas con más afinidades con los fanáticos iraníes del ayatolá Jomeini que con los jaraneros revolucionarios de La Habana. No se trataba de reformistas con esperanzas de remendar el sistema. Ofrecían una alternativa muy real y muy terrible, sumamente aterradora para los ricos y los privilegiados, pero que no carecía de atractivos para ciertos sectores de la mayoría indígena y mestiza del país. Durante diez años o más, Sendero Luminoso arrastró prácticamente al país a una especie de guerra civil. Luego, a medida que ambos bandos empezaban a quebrantar todas las reglas y garantías, el ejército consiguió hacerse poco a poco con la situación. Abimael Guzmán, legendario dirigente de Sendero, fue capturado y encarcelado. Sus seguidores sobreviven en ciertas zonas, pero ya descabezados y descorazonados.

En semejante situación, el único grupo social que ha prosperado -en lo que se refiere a dinero, armas y prestigio- ha sido el integrado por las Fuerzas Armadas.

Los militares peruanos se retiraron del poder en los años 70, pero nunca se han alejado demasiado. Como en otros sitios de América Latina, son herederos de los conquistadores. En ocasiones, se les puede utilizar para vigilar las fronteras -Perú y Ecuador tienen disputas territoriales en la selva amazónica- pero su principal tarea consiste en mantener sometida a la población indígena. Es lo que han venido haciendo durante siglos con sumo entusiasmo y celo racista y, a lo largo de la mayor parte del tiempo, por brutales que hayan sido sus métodos, se han ganado el aplauso de los herederos de los primeros inmigrantes.

El padrino japonés

En cierta medida, la fiera determinación de hacer frente a Sendero Luminoso y animar a las Fuerzas Armadas a violar las reglas en el curso de las campañas destinadas a aplastarlo provenía del actual presidente, Alberto Fujimori, que llegó al poder en 1990, casi por accidente. Mientras los sectores radicales de la población se dedicaban a jugar a las guerrillas, otros grupos más conservadores se pasaron los años 80 tratando de reformar el desacreditado sistema político existente sin recurrir a la violencia. Fue a un grupo conservador al que se le ocurrió hacer entrar en liza, como candidato a la presidencia, al conocido novelista Mario Vargas Llosa. Hombre de fama internacional y sin lazos de partido podría hacerse cargo del puesto con las manos limpias y sin prejuicios.

Finalmente, Vargas Llosa se adentró demasiado en el campo de la derecha y, en su desesperación por apartarle del poder, el resto del país -y sobre todo, las nuevas fuerzas de los fundamentalistas protestantes- se unieron en apoyo de un profesor de economía agrícola de origen japonés y totalmente desconocido.

Con frecuencia se olvida que América Latina, al igual que Estados Unidos, es un continente de inmigrantes. No está poblado solamente por indígenas y españoles. Durante el siglo XIX, mientras se masacraba a los indios, el continente comenzó a llenarse de italianos y alemanes, escandinavos e ingleses, turcos y croatas...y japoneses. En los últimos años, un noruego se convertía en presidente de Guatemala, un suizo en presidente de Chile, y un sirio en presidente de Argentina. Pero ningún presidente producto de la inmigración ha explotado los lazos con la tierra de sus antepasados de forma tan intensa como Alberto Fujimori.

Cuando llegó de forma inesperada al poder, Fujimori se movía en la orfandad política. No tenía una base de poder interna, descontando la destartada coalición que le había elegido para alejar a Vargas Llosa. No tenía amigos en el extranjero. Después de años de corrupción y violencia guerrillera, Perú estaba considerado por la comunidad internacional como un caso perdido. Así que Fujimori se volvió hacia Japón en demanda de ayuda.

Resultó que el momento era el oportuno. A principios de los años 90, los japoneses comenzaron a darse cuenta de que eran una potencia económica global, aunque gozaban de poco poder o capacidad de influencia política. Iban remontando su curva de aprendizaje y hacían campaña para convertirse en miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Estaban ansiosos por ampliar su papel global. Tal vez hubieran preferido a un presidente bien predisuesto en Brasil, en el que la población japonesa se contabiliza en más de un

millón de personas. Pero un presidente peruano aislado también convenía a sus propósitos. De modo que Japón se convirtió en un as en la manga para Fujimori, proporcionándole las inversiones que el país necesitaba tan desesperadamente, un canal de comunicación fluido con las nuevas fuerzas en ascenso en el mundo exterior, y una forma de trato en las relaciones bilaterales bastante diferenciada de la de Estados Unidos, anterior padrino de Perú. El país andino no está situado en el patio trasero del Japón y los japoneses no están investidos de un aire de superioridad racial.

La estirpe japonesa de Fujimori le daba otra ventaja. En el racismo de la política peruana, donde ser blanco significa ser parte natural de la clase dominante, y ser moreno o indio significa verse relegado a la clase esclavizada, la posición de los japoneses queda un tanto indeterminada, tal como sucedía otrora en Sudáfrica. La tradicional oligarquía dominante en Perú detestaba intensamente a Fujimori: no era miembro de su club. En un momento dado, trataron incluso de reclutar a su esposa, enemistada con él, para que se le enfrentara en las elecciones presidenciales. Pero para indios y mestizos, Fujimori es un no-blanco honorario.² Es uno de ellos. Por primera vez en su historia, Perú tiene un presidente que no es criollo, un hombre con el que la enorme población conquistada de desposeídos puede sentir cierta identificación.

Por supuesto, no es que Fujimori sea un dechado de virtudes. Ha desencadenado una guerra de represión sin paralelos, y ha emprendido, con ayuda y asesoramiento de Japón, el mismo rumbo neoconservador que el resto de Latinoamérica. Se trata de un experimento peligroso y caro, el último de una larga serie a la que Perú se ha visto sometido.

Los resultados inmediatos, como en otros lugares, han consistido en clausurar la vieja economía interior, las fábricas e industrias que tanto esfuerzo llevó levantar a lo largo de los años, y que suministraban formación y empleo a cientos de miles de peruanos. Al mismo tiempo que aumentan los parados, los ricos y prósperos nunca lo han sido tanto. Las infinitas galerías y centros comerciales de los barrios residenciales de Lima constituyen un monumento a su insensato consumismo.

En estas circunstancias, las pequeñas hazañas sedientas de publicidad de las guerrillas de Tupac Amaru poca esperanza pueden tener de echar abajo el inmenso poder del Estado. Actúan más bien como un diminuto aguijón de la conciencia en una sociedad que se inclina a veces por olvidar cómo vive el grueso de la población.

Las razones para el descontento son legión, y grupos como Tupac Amaru no tienen problemas para encontrar voluntarios. Pero las cartas no juegan a su favor. Puede que Fujimori tenga mala prensa por haber clausurado el Congreso peruano, pero ha recibido un firme apoyo internacional y sigue siendo apropiadamente popular en el país. Siguen existiendo razones para rebelarse, pero ya no se trata de un país que esté maduro para la revolución.

*Las razones
para el
descontento
son legión, y
grupos como
Tupac Amaru
no tienen
problemas
para
encontrar
voluntarios.*

² En estas líneas, Gott se refiere a un célebre episodio de los absurdos del racismo sudafricano. Sin posibilidades de ajustarse a ninguna de las "tonalidades" legalmente santificadas por el *apartheid* -blancos, negros, mestizos o hindúes-, se otorgó a los japoneses residentes en el país la dudosa condición de "blancos honorarios", con la que se evitaba una discriminación inconveniente a su calidad de agentes económicos privilegiados (N. del T.).

La única esperanza real de los rebeldes de garantizar algún cambio consiste en el martirio, y el Gobierno japonés -aún incómodo en su papel de agente político global- ha movido cielo y tierra para impedir que sea esto lo que suceda. La rebelión de Tupac Amaru fue ahogada en sangre por los españoles que ejecutaron a centenares de indios, mañana y tarde, en los poblados de los Andes. Fue un aviso terrible, que silenció a toda una generación. Luego, los españoles se marcharon.

¿Qué van a hacer los revolucionarios?

Pero aún queda una pregunta que hacerse sobre el resto del continente. ¿Qué van a hacer los revolucionarios latinoamericanos ahora que no quedan revoluciones en el orden del día? Una corriente de opinión cada vez más influyente sugiere que deberían pararse a pensar y recomponerse, si acaso, en círculos de opinión intelectual que debatan la evolución de la sociedad civil. Pero la respuesta más sencilla sigue siendo la misma de antes: así pues, organizan revoluciones que fracasan, con la esperanza voluntarista de conseguir algún día el premio gordo. Todavía subsisten guerrillas en media docena de países, en acción, en preparación, o bien recientemente disueltas.

El movimiento peruano Tupac Amaru ha alcanzado renombre mundial gracias a la toma de la embajada de Japón; los zapatistas mexicanos provocan escalofríos en los mercados de valores; las guerrillas colombianas secuestran ejecutivos europeos; y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez de Chile ha llegado a alquilar un helicóptero con la intención de liberar a sus camaradas en prisión. Sólo las guerrillas guatemaltecas -las más antiguas de cuantas aún perduraban- se han convertido en noticia por el hecho de haber arrojado la toalla.

Y sin embargo, ni siquiera la respuesta más simple consigue hacer justicia a la última cosecha de revolucionarios latinoamericanos. Su objetivo principal y más fácilmente alcanzable ha consistido en cambiar el clima político de los países en los que actúan, antes que en ocupar el poder del Estado. Al obrar de este modo, hacen uso de una gran variedad de métodos y técnicas -con el fin de seguir siendo centro de atención- entre las que se cuenta el recurso al terror. Parte de sus esfuerzos se dirige, como poco, a tratar sencillamente de conseguir fondos. Al igual que los gobiernos a los que se oponen, a menudo se ven envueltos de modo marginal en el tráfico de drogas. También se dedican a secuestrar, a cambio de sustanciosos rescates, a adinerados hombres de negocios o a familiares suyos.

No obstante, parte de su labor se asemeja más hoy en día a la de un trabajador social que a la del tradicional combatiente de la guerrilla, y buena parte de su actividad, como la de cualquier empeño comercial de finales del siglo XX, está destinada a asegurarse la atención de los medios de comunicación.

En realidad, la toma de rehenes se puede contemplar claramente como un ejercicio de "diferenciación de marcas", que permita a los espectadores distinguir entre el grupo Tupac Amaru-Pepsi Cola y el de Sendero Luminoso-Coca Cola, que goza de mayor celebridad.

Es dudoso que el "oxígeno de la publicidad" vaya verdaderamente a propagar las llamas de la revolución, pero desde luego recuerda a quienes viven en sociedades en las que se impone una verdad dominante que hay también quienes

están descontentos con el estado de cosas. De esos recordatorios podría surgir algo diferente algún día.

La mayoría de los gobiernos latinoamericanos se han apuntado al nuevo orden mundial decretado por Occidente. Hicieron exactamente lo mismo en 1945, cuando, después de haberse mantenido calculadamente neutrales durante la contienda, declararon rápidamente la guerra a Hitler con el fin de que se les permitiera ingresar en las Naciones Unidas. Los regímenes latinoamericanos siempre se han dado prisa en otear las nuevas tendencias.

Esta renovada dependencia de una idea externa, como sucede con la globalización, ha ayudado desde luego a llenar el vacío político. Cuatro décadas de desarrollismo estatal, fomentados por las comisiones económicas locales de las Naciones Unidas, habían ido dejando un panorama exhausto desde los años 70. Los breves coqueteos con el socialismo de Estado durante esa década en Perú, Chile, Panamá, Argentina, Venezuela y Nicaragua se vieron igualmente frustrados. Aun antes del desmoronamiento de la Unión Soviética, cuya existencia como superpotencia rival al menos permitía cierto margen de maniobra a los estados pequeños del Tercer Mundo, los rusos no habían mostrado gran disposición a proporcionar a América Latina una ayuda que valiera la pena. Y hoy, en bancarrota tras los fracasos de la economía, y faltos de ideas nuevas de su propia cosecha, los gobiernos latinoamericanos han tenido el privilegio de intentar el experimento más en boga de todos los de finales del siglo XX: libre mercado y elecciones libres.

Aun con la mejor voluntad del mundo, se trata de un empresa arriesgada, puesto que América Latina no tiene experiencia de ninguna de las dos cosas. No existe tradición democrática en el continente que merezca ese nombre, y la mayoría de las grandes iniciativas económicas, desde los días del control imperial español, se ha llevado a cabo en íntima relación con el Estado. Así que mientras muchos latinoamericanos hablan de boquilla sobre el nuevo entusiasmo por el liberalismo económico y político, su fe en el futuro se ve contrapesada por intensos recuerdos del pasado.

Es aquí donde reside el verdadero problema. América Latina no es una tabla rasa, un territorio virgen en el que se pueden importar juegos foráneos y jugar a ellos con virtuosismo y pericia. Se trata de una convulsa sociedad de colonizadores, con las cicatrices de su herencia, e insegura sobre su futuro. Siempre dividida, ora entre viejos pobladores y nuevos inmigrantes, ora entre la ciudad y el campo, el nuevo orden económico sólo ha servido para acentuar las divisiones existentes. Al viejo estercolero ocupado por una clase inferior permanente, han ido a parar nuevos cadáveres, víctimas de medidas políticas que provocan desempleo e indigencia allí donde antes existía un mínimo de prosperidad. En esta situación, las guerrillas se presentan no como alternativa, sino como anuncio de tiempos mejores por llegar. Puede que parezca que la superficie indica una atmósfera de calma. Hay sectores importantes e influyentes de la sociedad que están sacando el máximo provecho de los cambios que reconducen el dinero de los pobres hacia los ricos. Hasta las Fuerzas Armadas han vuelto a los cuarteles. Pero entre los de abajo, entre los estratos inferiores y en gran medida ignorados de cada país, hay grupos que se encuentran en situación precaria y otros que están ciertamente

*Hay sectores
importantes e
influyentes de
la sociedad
que están
sacando el
máximo
provecho de
los cambios
que
reconducen el
dinero de los
pobres hacia
los ricos.*

¿Quién puede creer en las hermosas palabras de hoy cuando hasta hace bien poco los hechos eran tan espantosos?

bastante peor que antes. El enorme crecimiento del protestantismo fundamentalista en un continente católico se ve fomentado por esta evolución. No resulta sorprendente que las guerrillas encuentren también un espacio en el que moverse.

La simple teoría democrática aconsejaría a estas personas emplear sus recursos humanos en engrosar las filas de los partidos reformistas que podrían hablar en su nombre y mitigar sus calamidades. Pero esto es desconocer el legado de la historia. Además, ya se intentó otras veces, sin resultado. Tal vez en esta ocasión los límites del campo de juego sean más regulares, y hasta puede que no se muevan los postes de las porterías. Pero, ¿quién va a creerse esas promesas? Los pobres carecen de fondos para tomar parte en el juego democrático. Carecen también de confianza y de fe.

Los guerrilleros revolucionarios han tenido, por supuesto, su parte de fracaso. Cuba y Nicaragua constituyen tan sólo dos historias de supuesto éxito, de las que no se ha oído hablar mucho en años recientes. Ya no vive tampoco el caballero blanco de brillante armadura soviética, deseoso de prestar su ayuda. Pero la tradición de rebeliones y revueltas tiene arraigo y fuerza y se remonta (como sugieren los nombres de Tupac Amaru y Zapata) a mucho antes de la revolución cubana.

En este contexto, no hay historia más conmovedora que la de Guatemala, cuyas guerrillas se han visto últimamente persuadidas a deponer las armas. Estados Unidos fue el responsable último de la rebelión guatemalteca, al enviar a la CIA -ya en 1954- a aplastar a uno de los pocos gobiernos reformistas de los que había gozado el país. La historia moderna de América Latina se inicia en ese año, en el que los revolucionarios aprendieron una lección: que nunca se les permitiría llegar al poder por medio de las urnas. No habría otro modo de seguir adelante que recurrir a la lucha armada.

Hubo un revolucionario en particular que, habiendo asistido a la invasión de Guatemala por parte de fuerzas respaldadas por la CIA, aprendió bien la lección. Se unió a las guerrillas de Fidel Castro y participó en la triunfante revolución cubana de 1959, de la que sería uno de sus dirigentes. En 1997 se cumple el trigésimo aniversario de su muerte. El nombre del Ché Guevara se invoca todavía para seguir justificando el uso de estrategias de resistencia como las que él desarrolló.

Aunque Estados Unidos se presenta hoy como paladín de las libertades políticas y económicas, éste no solía ser el caso. La retórica del portavoz del Gobierno norteamericano parece sugerir que llevan toda la vida apoyando a Amnistía Internacional, aunque hace menos de una generación Estados Unidos exportaba torturadores a América Latina y establecía dictaduras militares cuyo recuerdo todavía ensombrece a todo el continente.

¿Quién puede creer en las hermosas palabras de hoy cuando hasta hace bien poco los hechos eran tan espantosos? En este contexto, la existencia de pequeños grupos que combaten para que puedan oírse otras versiones de la misma historia, y que ofrecen visiones diferentes del futuro, apenas si puede sorprendernos.